

## MIS RELACIONES CON UNAMUNO

Tengo que agradecer al señor R. S. O. la generosidad con que califica, de paso, mi obra de ensayista, y quisiera corresponderle con algunos esclarecimientos respecto a don Miguel de Unamuno. Ha dicho el señor R. S. O., en sustancia, que cuando él se entrevistó con Unamuno, éste no manifestó por mí ninguna simpatía en lo personal, ni especial estimación en lo literario (*Excelsior*, 2 de enero de 1954).

Ni por un instante se me ocurre poner en duda la veracidad de este testimonio: lo que deseo es interpretarlo. Unamuno no era, por mucho, un viejo gruñón, lleno de altibajos en el temperamento. Aún me parece ver la indignación con que Valle-Inclán solía referirse a las diferencias entre Rubén Darío y Unamuno, donde aquél se mostró siempre tan superior y ecuánime, y me parece aún que oigo repetir a Valle-Inclán: «No podían entenderse. Rubén tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales; y Unamuno tiene todos los pecados del Ángel, que son mortales.»

Pero, en general, ya en Madrid no hacíamos caso de estos pasajeros deslices de don Miguel, y más bien nos ateníamos al saldo de su persona y de su conducta. El mismo se definió diciendo que en su alma había una perpetua guerra civil. Ignoro en qué ocasión habrá conversado con Unamuno el señor R. S. O. Es posible que entonces, y por cualquier circunstancia del momento, Unamuno haya encontrado mi imagen un poco empañada en su memoria. Ello no tiene importancia ni trasciende al tono dominante de nuestras buenas y muy cordiales relaciones. La desgracia es, a veces, mala consejera, y don Miguel sufrió mucho durante sus últimos años, como todos sabemos.

De aquí que sus antiguos amigos, comprendiendo la desazón de su ánimo ante las vicisitudes de su país, hayan tendido un manto pladoso sobre sus veleidades finales. El grande hombre, arrebatado a uno y a otro lado por la angustia y por el anhelo de detener el alud con sus propias manos, se quedó solo, sin correligionarios y sin España. Paz a sus restos.

*En lo literario.* No nos detengamos mucho en este punto. Cada uno tiene su alma en su almario. Es verdad que don Miguel no era muy pródigo en elogios, y menos cuando se entregaba a las libertades de la conversación, a la que nunca debiera exigirse una responsabilidad estricta. Pero, sobre todo, en este orden subjetivo de la apreciación literaria, repito, cada uno tiene su alma en su almario. Lo obvio es que Unamuno nunca hubiera conservado mi amistad tan afectuosamente como lo hizo, sin un mínimo de estimación intelectual y moral, pues no era hombre para la mentira mundana. Varias veces he escrito sobre él (por ejemplo, a propósito de su *Fedra*), y siempre recibió mis juicios con aprobación y complacencia. Cuando, desde Méjico le envié mi primer libro (*Cuestiones estéticas*, 1911), agobiado sin duda por los muchos libros de principiantes que llegaban hasta su mesa, ni lo leyó ni me contestó. Cuando, ya en Madrid, y en 1917, le envié a Salamanca mi libro *El suicida*, me dirigió una carta sumamente expresiva, que dista mucho de ser una mera cortesía y que fué el origen de nuestra amistad. Esta y varias otras cartas que me escribió aparecerán pronto en la colección que prepara el doctor M. García Blanco, catedrático en la Universidad de Salamanca (1).

*En lo personal.* Si el doctor García Blanco se dirigió a mí, entre otros, al formar esta colección epistolar de Unamuno, es precisamente porque conocía la tradición de nuestra amistad. Visité a Unamuno en Salamanca, acompañado de don Artemio de Valle-Arizpe. Nos tratamos juntos y pasamos juntos el día. Nos llevó a pasear por las afueras. Me contó una anécdota familiar que repito en uno de mis libros. Después, siempre me encontraba con él en uno u otro sitio, cada vez que aparecía por Madrid. Concurrió varias veces a mis reuniones dominica-

(1) «El escritor mejicano Alfonso Reyes, y Unamuno.» *Cuadernos Hispano Americanos*, Madrid, núm. 71, noviembre 1956, págs. 155-179.

les. Me obsequió con algunas de sus pajaritas de papel y de sus dibujos. (Ya lo digo en *Grata compañía*.) Entre ellos, el retrato de Amado Nervo—de quien a su vez fué buen amigo—, sin duda el primer Nervo sin barba que se registra en la iconografía de nuestro poeta. Me proponía monogramas con las iniciales de mi nombre—así consta en una de sus tarjetas postales—y me comunicaba opiniones sobre la grafía y pronunciación originales del nombre patronímico de sor Juana. Estuve constantemente a su lado en París, cuando yo era allá ministro de Méjico y él andaba desterrado y prófugo. Ya he dicho cómo me recitaba entonces sus sonetos contra el general Primo de Rivera, sin prestar atención a los vehículos en las bocacalles, y cómo echaba, a manera de telón, el recuerdo de su sierra de Gredos sobre cualquiera perspectiva parisiense que yo proponía a su admiración. Los agentes de la Policía española encargados de vigilarlo se hicieron sus amigos y, a invitación suya, concurrían a los cafés de Montparnasse para disfrutar de su charla.

Un día fuimos juntos a la casa de Jean Cassou. Yo me retiré temprano para pasear por la orilla del Sena, aprovechando la tibia noche, en compañía del poeta Rilke. Entonces Guillermo Jiménez, quien lo ha escrito por ahí, recogió de labios de Unamuno el mayor encomio y el más conmovedor que yo puedo haber recibido y deseado: «La inteligencia de Reyes—dijo Unamuno—es una función de su bondad.» Perdóneseme el entrar en estas «personalidades positivas» (que no sólo son «negativas», como pretende el diccionario), pero ahora o nunca era la razón de referirlo. Las palabras del maestro no me envanecen ni, por desgracia, tengo derecho a considerarlas justas; pero ellas expresan nítidamente su juicio sobre mi persona, y sobre todo la benévola refracción que el afecto producía en ese juicio. Si esto no es simpatía...

Pero hay, además, algo que hasta ahora no quise publicar, y que tampoco esta vez voy a descubrir completamente. Unamuno fué una vez arrastrado hasta la presencia de Alfonso XIII por el sutil conde de Romanones. La opinión literaria de Madrid en aquellos tiempos—siempre bravia—, consideró esto como una claudicación de Unamuno. El quiso dar una conferencia en aquella admirable y libérrima casa que era el Ateneo de Madrid,

y el público de jóvenes escritores, entre gritos, pateos y silbidos, no lo dejó hablar. Así las gastaban entonces.

Pues bien: Unamuno se presentó al día siguiente en mi Legación de Madrid (calle del Marqués de Villamagna), y de una manera confidencial me reveló el objeto de su encuentro con el monarca, que no era en manera alguna deshonoroso para ninguno de los dos. Recuérdese que yo había sido durante cinco años periodista y escritor en Madrid, y luego, por otros cinco años prácticamente, fui encargado de Negocios de Méjico. Unamuno, tras lo acontecido—aunque muy hecho a la pelea y aunque, como él decía, frecuentemente le había tocado «torear a media plaza»—, necesitaba explicarse y desahogarse con alguien, y escogió al único de la camada literaria que, si bien muy cercano, podía, por no ser español, considerar los hechos con más moderación que los otros. Pero ¿hubiera dado este paso si no se sintiera mi amigo, si no me supiera su amigo, si no me estimara en el orden intelectual y en el orden moral? Si esto no es simpatía... No: nadie me quite la amistad de Unamuno.

ALFONSO REYES.